Los Libros del Gato Caulle

Selección de relatos. Convocatoria 2018

En Valdivia no llueve.

Organiza: Los Libros del Gato Caulle

Colaboran: Verónica Zondek, Roberto Matamala.

Diseño: Ronald Javet P. / ronatan.com

Fotografías: Eduardo Asenjo

Cuentistas: Diego Quezada, Susana Castillo, Nicolás Vogt, Pedro Chadicadi, Sebastián Oyaneder, Claudia Latorre, Macarena Solis, Laurent Loubiès, Josefa Flores, Christian Vásquez.

Impreso gracias a la gentileza de "Su linda empresa local"

1a edición de 100 copias.

Valdivia, Octubre de 2018.

Los libros del Gato Caulle
Comunidad literaria en Valdivia y el sur de Chile.

Venta de libros en nuestra tienda y catálogo online.
Entregas gratis a Valdivia y por correo a todo Chile.
Narrativa, poesia, literatura infantil, y ensayo.

Baquedano #628
gatocaulle.wordpress.com
libroscaulle@gmail.com

LOS LIBROS DEL GATO CAULLE

A modo de prólogo y agradecimientos.

"De mí (de este que soy) reniego..."
Fernando Pessoa

A modo de prólogo y agradecimientos escribimos estas líneas a todas las personas que fueron, son y serán participes de este humilde proyecto que decidimos por azares y bonitas coincidencias del destino llamar Los Libros del Gato Caulle.

Este año, más maduros, con librería física y remando contracorriente nos hemos visto reconfortados de ofrecer a la persona que abre esta revista una selección de 10 relatos de escritoras y escritores emergentes. No nombrar la palabra lluvia fue el reto, no para ignorar lo obvio, sino para hacer un gallito metafórico a lo establecido, al común. Y porque no decirlo, a los mismos de siempre que se sientan en la mesa del banquete. Al decir que no llueve queremos decir que hay más motivos por los cuales escribir, que nos hagan reír, llorar, sufrir y pelear, hay más motivos a los que nos acostumbramos a ver en el día a día, publicación tras publicación.

Entonces nos refugiamos de la cortina húmeda para juntarnos con la persona desconocida de la cabaña del frente, esa que siempre vemos, pero que no sabemos cómo se llama ni hacia dónde se dirige. Nos refugiamos pensando en nuestros pueblos, calles de tierra que hemos dejado atrás para vivir en Valdivia. Nos refugiamos de los fantasmas que cabalgan sobre nuestras espaldas. Nos refugiamos de los pacos, entre pólvora y sendero.

Del mismo modo en esta etapa es necesario agradecer a todas las personas que han colaborado en esta revista. A cada una de las personas participantes, que con sus sinceros relatos nos hicieron especiales regalos a través de sus lecturas. Agradecer en especial a Ronald Javet que se lució con la diagramación de esta revista y a Eduardo Asenjo por su buena onda al cedernos algunas de sus fotos para el diseño. Agradecemos también a Verónica Zondek y Roberto Matamala quienes nos ayudaron a finalizar el proceso de selección de las personas ganadoras.

Finalmente, gracias a ti, por leer esta revista, por confiar en lo nuevo. Nuestro sueño es democratizar la cultura y que el libro no sea un bien de lujo, sino que sea de acceso universal y de muy bajo costo para todas las personas. La cultura y el aprendizaje son herramientas fundamentales para la felicidad humana, y esperamos humildemente que Gato Caulle siga contribuyendo en esta misión: el desarrollo de una sociedad más equitativa y justa.

Boris Farías Hunt & Diego Corvera Mallea
Los Libros del Gato Caulle
Valdivia, 2018

Índice

Primer Lugar

Diego Quezada
"Los Amantes"

Menciones honrosas

Susana Castillo
"La Ronda de la Araucanía"

Nicolás Vogt
"El Lalo oscuro de la Luma"

Pedro Chadicadi
"Ríos Extintos"

Finalistas

Sebastián Oyaneder
"Takuboku Ishikawa"

Claudia Latorre
"Puente Cruces"

Macarena Solis
"Lo que alguna vez estuvo"

Laurent Loubiès
"Golpe de Estado en Corral"

Josefa Flores
"Bomba Atómica"

Christian Vásquez
"Perros Bomba"

Primer Lugar

Los Amantes

Diego Quezada
24 años, Los Lagos.

Una luz distrae al lector insomne. Alguien lee del otro lado de la ciudad, evadiendo la relajante melodía de las techumbres. El lector se asoma a la ventana e inútilmente intenta distinguir la silueta de quien, al igual que él, yace sumido en las fantasías del papel. Quizá se ha dormido y solo ha olvidado apagar la luz, piensa, desvariando en la búsqueda de PRETEXTOS que le permitan regresar a lo suyo. La vista vuelve a caer tupida sobre la hoja arrastrando consigo palabras, puntos y comas. Lee una página, luego otra. Sin querer se le cuela por el rabillo del ojo la lucecita reflejada en el río. Intenta evitar prestarle atención, pero lo hace. Deja a un lado su libro y vuelve a posarse frente a la ventana. Espera. La silueta parece moverse. Da vueltas por el cuarto como si dialogara consigo misma en el desarrollo de una lectura dramatizada. De pronto se miran, al fin se miran. Dos rostros difuminados a contraluz. Sin ojos, ni nariz, ni boca. Él se avergüenza y huye de regreso al texto, pero no por mucho, del otro lado le han enviado una señal: el sutil parpadeo de la luz de una lámpara. Tictac. Atraído por el secretismo, no tarda en responder el mensaje. Tic tac. Los extraños entran en un silencioso y cómplice juego, invisible a los sentidos de una ciudad dormida.

La curiosidad le hace abrigarse y salir. Las calles están vacías. Los perros han guardado sus ladridos. Solo los techos insisten en invadirlo todo con sus melodías tintineantes. Graznidos de pájaros. Sin sentidos. Camina por calles oscuras hasta que allí, en la periferia del relato, irremediablementese encuentran. Él de abrigo. Ella de boina y bufanda. Se miran largo rato enmudecidos de frío. Estáticos. Casi eléctricos. Sus ropas están pesadas, deberían quitárselas el uno al otro, pero nadie dice o hace algo. Parece no haber lugar para las palabras. Entonces la sinfonía del zinc se vuelve caótica, lo suficiente para entender que no deberían estar ahí: los libros han quedado abiertos sobre las camas y no van a leerse solos.

Mención Honrosa

La Ronda de La Araucanía

Susana Castillo
26 años, Valdivia.

Vamos jugando a la ronda
La ronda de Araucanía
Junten los pies, cara al suelo
Vacíen bien sus mochilas.
Vamos jugando a la ronda,
Los cabos se van sumando
Piñizcos a los más chicos
Y el que no juega,
Un balazo.

¡Vamos jugando con ganas!
Aquí no importa si lloras,
La ronda se acaba solo
Si el paco te lo menciona.

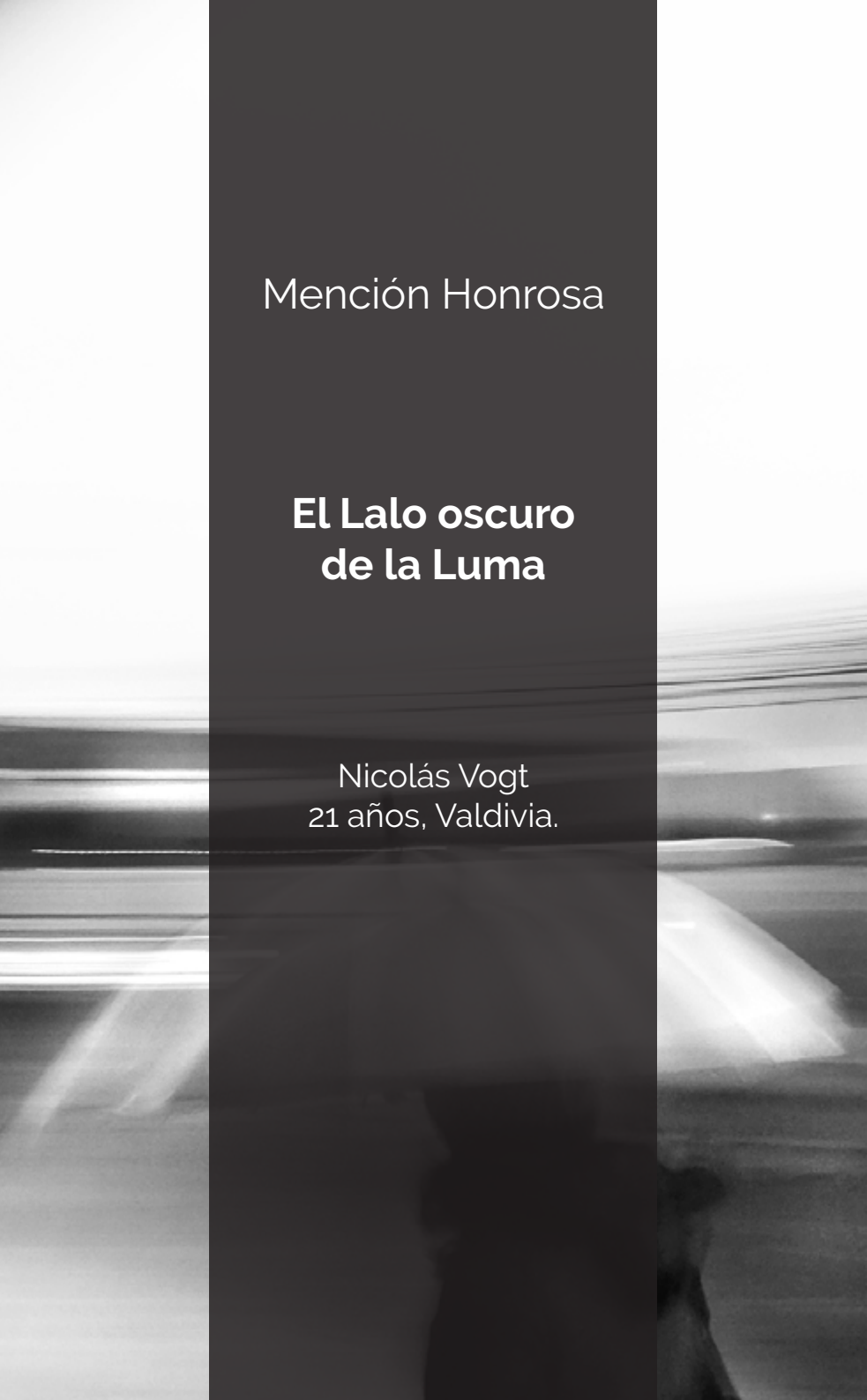
Vamos jugando a la ronda
Desde que son chiquititas
No hay Luchín, pelota de trapo
No hay palín pa Margarita.

Vamos jugando a la ronda,
Incluso en la misma escuela
Te pillan camino a casa
Y vuelta a formar la rueda.
¿Y cómo crecer soñando?
Si allanan a la memoria,
Si la infancia se reduce
A: PELIGRO, zona roja.

¿Y cómo crecer en calma?
Si hay pacos como eucaliptus
Por cada habitante traen:
Un carro con un milico.

Vamos jugando a la ronda
Y al juego de los montajes
Quien manda a quemar camiones
Obtiene el mayor puntaje.

Vamos jugando a la ronda
Llenemos comisarias,
Total, los dueños de fundo
Avalan nuestra mentira
.
Y cuando la ronda acaba
La niña sigue el camino,
No importa si la tocaron
Si ultrajaron su vestido.
Y cuando la ronda acaba
No hay humor para otros juegos,
Muere la infancia una tarde
Entre pólvora y sendero.



Mención Honrosa

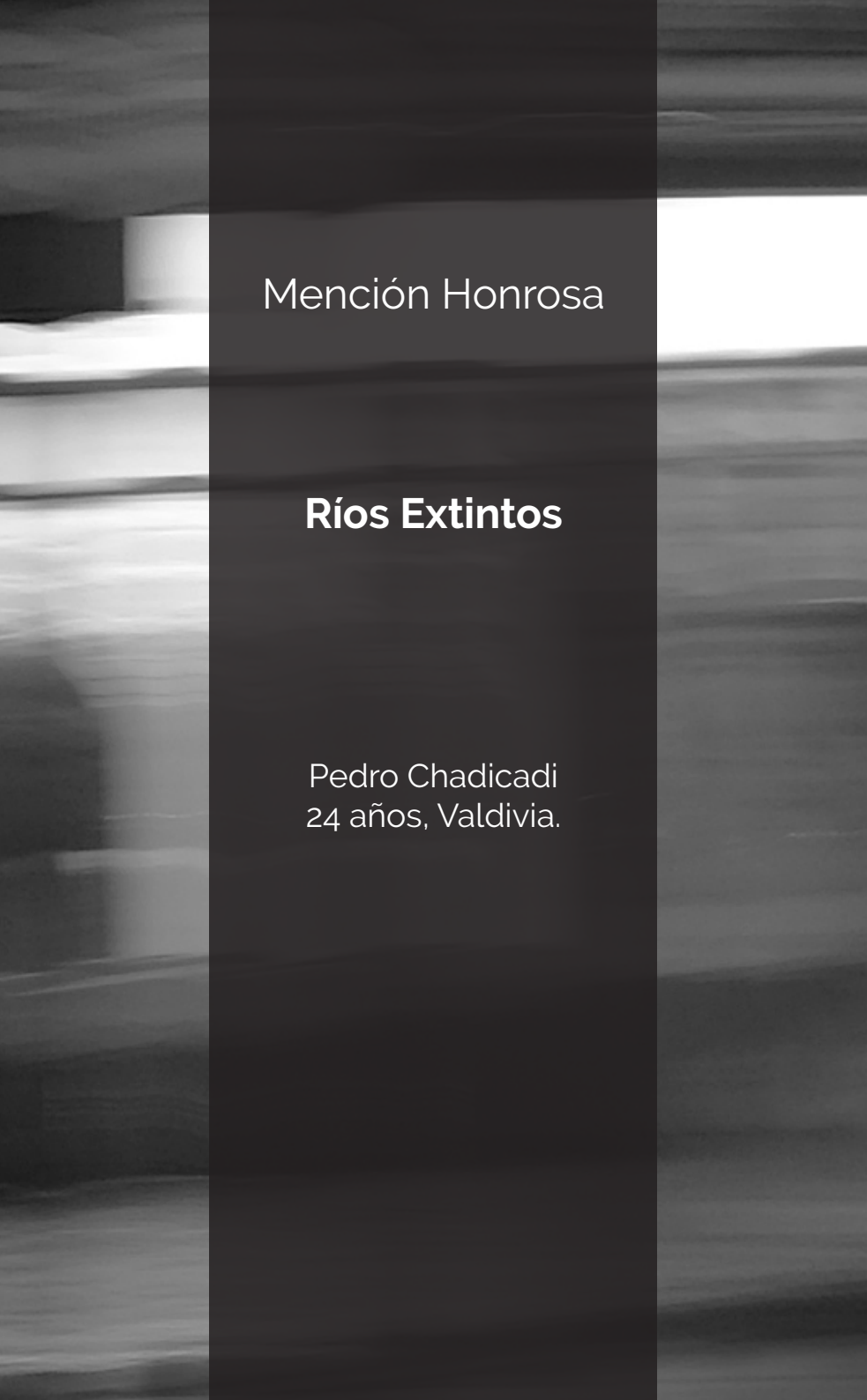
El Lalo oscuro de la Luma

Nicolás Vogt
21 años, Valdivia.

Cada vez que digo que vengo de La Luma inmediatamente quedo como «el weón de La Luma». Desde chico aprendí que nuestro origen nos define. Nací ahí, y no tenía cómo escapar. Sin embargo, lo que siempre me intrigó fue el origen de mi origen. Toda mi familia opinaba distinto respecto al nombre del pueblo que nos vio crecer, así que decidí que el único camino hacia la verdad era el de los libros abandonados en la sala de computación de la escuela. En aquellos años, sólo éramos dos los usuarios del lugar: el Lalo y yo. Él era un genio de las construcciones virtuales, un experto jugador de Solitario, y una persona muy complicada para sociabilizar. Yo, por el contrario, sólo podía conectarme con lo literal, me frustraba la ausencia de Internet en los ordenadores, y no entendía cómo el Lalo ni siquiera intentaba una mínima conexión con la etimología de «La Luma».

Por lo que leí en un libro de biología, la «Luma» es un género de la familia Myrtaceaela cual incluye dos especies: el arrayán y el chequén. Ambas especies habitan principalmente en la selva valdiviana. Un día, el Lalo me contó que su mamá se llamaba Mirta Sáez y que tuvo que mudarse a Valdivia por un asunto que redujo a «dramático». En el ático de la escuela, encontré un libro de economía. Era bastante aburrido, pero aseguraba que una centésima parte del «dram»–la moneda de Armenia– era llamada «luma», al igual que los bastones con los cuales, según el Lalo, los pacos separaron al violento de su padre de la benévola de su madre. Sin embargo, un libro de patrimonio chilote hablaba de la «luma» como una herramienta semejante a un arado y, de acuerdo a lo que nos reveló el profe de historia, bastante parecida al hacha con la cual el padre del Lalo amenazó a Mirta.

Recuerdo que el Lalo trató de comentarle esto a algunas personas del curso, pero nadie lo pescó. Cuando buscó respuestas en mí, yo estaba muy ocupado buscándolas en libros. Ahora de grande, le doy peso a eso de “nuestro orígen nos define” y, honestamente, ya no cuestiono al Lalo respecto a su conexión con La Luma. No tenía para qué forzarla; ya estaba ahí y no tenía cómo escapar.



Mención Honrosa

Ríos Extintos

Pedro Chadicadi
24 años, Valdivia.

Hasta qué punto el desarrollo es
considerado como tal

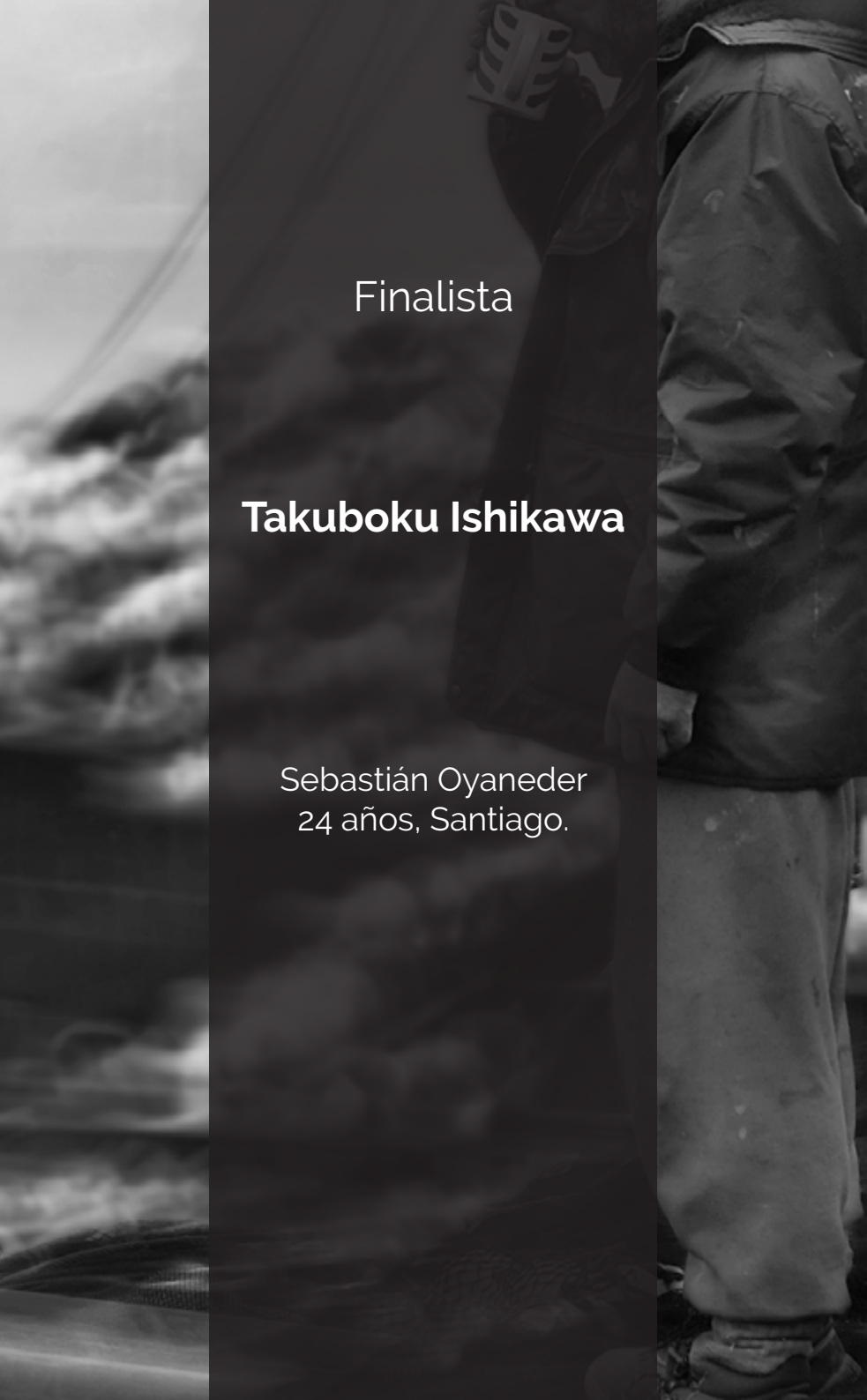
A veces se oyen voces por la ciudad de Valdivia. No hablan piedras. Ni el viento embauca. Los ríos extintos afloran en ríos artificiales; antes, sobre el techo, trinan nombres que no reconozco.

Vean los fantasmas húmedos deslizarse, en la berma posan su alma mientras caen derrotados y esbozan sus nombres en las alcantarillas. Se largan tras besar a muchachas recién maquilladas. Porque de ellos resucitamos del mismísimo vacío, otorgan el nombramiento de objetos y situaciones que nosotros, "desarrollados", aun no descubrimos, ni al viento interno que golpea lengua y dientes:

"Somos de miles de padres, miles de madres.
Nuestros rostros son la luna y el sol."

Lo único que se olvida son nuestros nombres. Explotan como globos con púas en el pelaje del cemento. Un espejo es su cuerpo. No olvidemos a aquellos que felices admiran sus flores, refugian en sus cabellos un gran secreto: oyes las estrellas al cerrar los ojos? – preguntan a transeúntes que caminan sobre su fallecido camino.

Jamás determinaremos su nombramiento o el motivo exacto de estas constantes resucitaciones y visitas en el invierno. Sus fantasmas cabalgan sobre nuestras espaldas, las plazas, las extensas calles bañadas de cemento y pocos árboles, los instrumentos capaces de inmovilizar o petrificarlos, nos mantiene activos para escribir infinitos relatos de como los humanos fuimos vencidos al nombrar a estos fantasmas húmedos, imperecederos e innombrables: aunque quizá, el silencio podría ser su único nombre.



Finalista

Takuboku Ishikawa

Sebastián Oyaneder
24 años, Santiago.

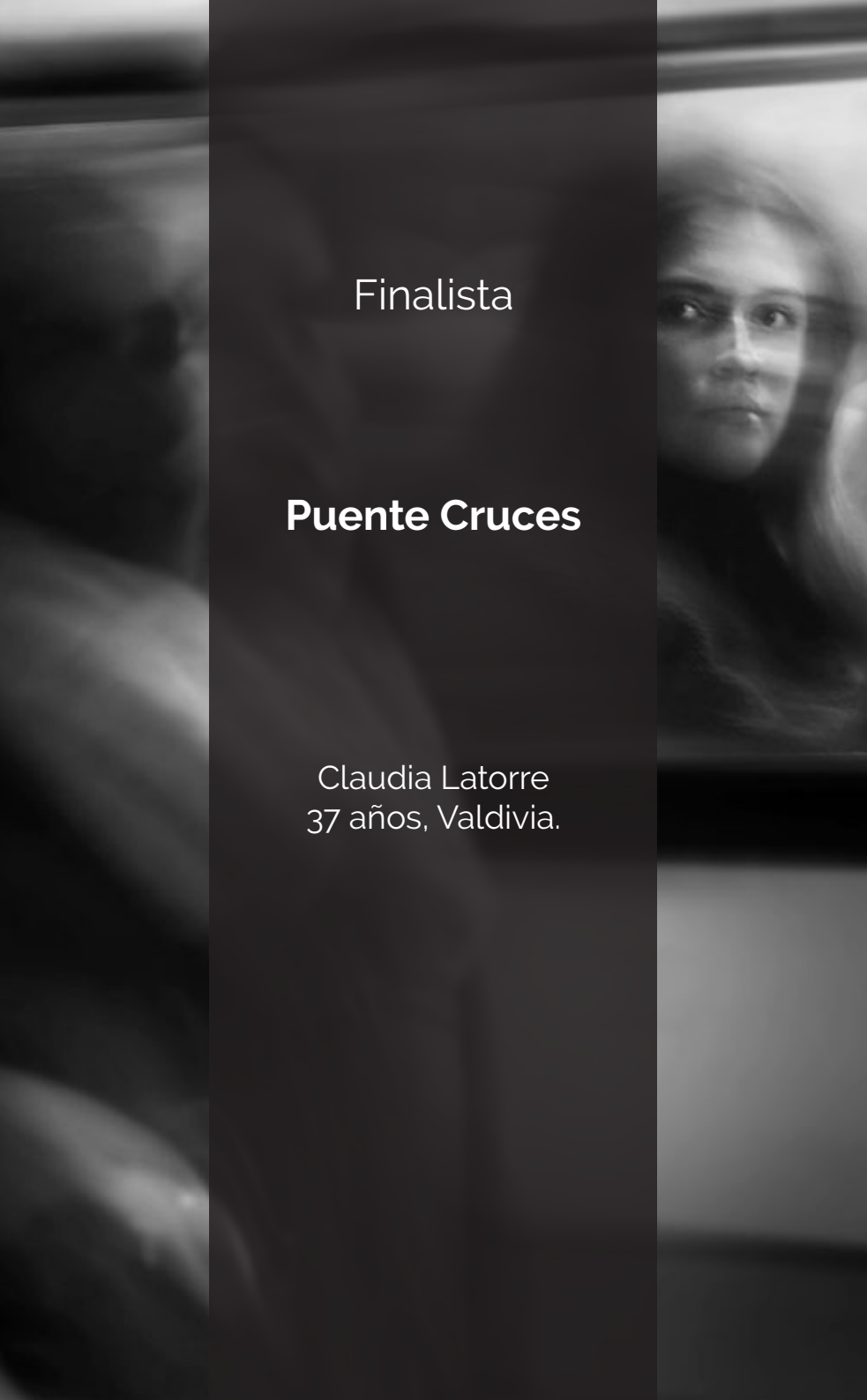
decía la nota que el señor Takuboku encontró sobre la mesa de su cocina al regresar del trabajo. Faltaba apenas una semana para Navidad, y esperaba que para entonces las cosas volvieran a funcionar como antes. Pero, mientras miraba la especial curva que su mano izquierda solía inscribir en las letras, se percató de lo irreversible de su situación. Esa misma noche decidió gastar el dinero que estaba ahorrando para su regalo y compró un pasaje a Chile. Visitaría a un viejo amigo que hacía tiempo se había mudado a Valdivia, ciudad que ansiaba conocer.

Antes de llegar a su destino recibió una llamada: "Será un gusto recibirte, pero lamentablemente no podré estar contigo en casa estos días. Los motivos son delicados y afectan tanto a mi esposa como a mí, por ahora preferimos mantenerlo en secreto. Te dejo las llaves de mi cabaña con la vecina. Disfruta la ciudad".

Cuando abrió la puerta lo recibió un ventanal gigante que miraba hacia el río. La calidez del verano reposaba sobre el agua mansa que corría bajo el puente. Las cosas eran claras y precisas en su pequeño espacio. Se sintió tan agradecido que decidió unírseles y salir a caminar por la costanera. Vio flores gigantes asomarse afuera de los jardines, casas imposibles de memorizar de un vistazo, extrañas artesanías que mujeres igual de extrañas le ofrecieron al pasar. Llegó hasta el péndulo de Foucault y sintió el brillo solar que cruzaba en línea recta hacia él desde el otro lado del río. Vio tantas cosas bellas que dejó escapar un pensamiento que no cesó hasta convertirse en deseo- me encantaría compartir esto contigo- se dijo en voz alta y para hondo, como simulando una posible conversación que no tendría más respuesta que la oscilación del péndulo atrás de su reflejo. Se sentó en la acera, miró al cielo y escribió en su diario:

Lágrimas, lágrimas
que misteriosas son.
Bañado en ellas
mi alma es un payaso.

Volvió a alzar la voz y dijo sin levantar el lápiz del papel – esta pena es lo único que no quiero compartir- entonces pensó (o quizás recordó) que la soledad era otra forma de decir secreto. Siguió escribiendo hasta que el sol se puso completamente. Con la cara empapada regresó a la cabaña, y en la puerta para su sorpresa, lo esperaba su amigo – ¡Vamos! tengo muchas cosas que contarte, te llevaré a probar la mejor cerveza de la ciudad. Más tarde, sentados en la barra, el señor Takuboku le contó de la nota que ella había dejado sobre la cocina y sobre la frase que había recordado en su paseo– ¡Claro! -respondió él- qué sería de los secretos sin amigos para guardar.



Finalista

Puente Cruces

Claudia Latorre
37 años, Valdivia.

El temblor del puente Cruces, es vertiginoso y me retrae. Los camiones ignoran el movimiento telúrico que liberan desde sus neumáticos. Percibimos la vibración de los fierros, Esos que nos soportan en la cumbre.

Cuando subo el Cruces, miro a la tarde, a la noche, y a veces a la madrugada, en ocasiones siento que voy hacia atrás.

Cuando subo, distingo las flechas con sus fuegos que desploman del cielo y desprenden pensamientos que desmayan oraciones, las que se suicidan por las tardes, por homicidas ya no importan.

Dejan de ser.
De nacer otra vez.

La vibración del Cruces me distancia, y las luciérnagas me pilotean hacia enfrente, pero suelo avanzar hacia atrás.

Cuando subo el puente todo parece ir al revés. Todo parece brotar en el cielo, y son campos de semillas que iluminan la atmósfera. para alimentarnos por la mañana, para saciar nuestra sed, nuestra hambre de saber cómo germinan los astros, por querer saberlo todo.

Cuando subo el Cruces no es tan alto como se ve. No llego a los campos siderales, tampoco logro oír el bombeo de Dios, y es ahí cuando vuelvo a ser pequeña, otra más en el infinito esperando hablar con Dios.

Finalista

Lo que alguna vez estuvo

Macarena Solis
34 años, Valdivia.

El rio probablemente corre hermoso, no es posible saber. Entre las grandes casonas a medio destruir se esconde un par de amigos a compartir una chela medio tibia, que no saben si o no corresponde disfrutar. A lo lejos se divisan, los grandes centros de investigación de la ciudad.

Entre los matraces y las pipetas que giran dentro de su laboratorio con ventana a la pared, sin embargo, ni el tiempo ni el clima transcurren. No hay casonas, no hay rio. El aire se torna denso alrededor de su rígido mentón. Los animales, desde sus minúsculas jaulas, le observan cautos.

Las cabezas sin vida de los roedores comienzan a acumularse a sus pies, sin más comentario que el seco golpe con que los cráneos golpean sus zapatillas al caer.

Las manos enguantadas hieden a sangre y fecas. A latidos. A pavor.

En su mente se revuelven, al ritmo de los estertores de los cuerpos decapitados, recuerdos y discursos, panfletos, risas frenéticas haciendo eco frente al mar.

Los globos oculares de los muertos ya no observan desde el suelo. En sus pupilas vacías se adivinan los gusanos y la putrefacción. Lejos quedan, las tibias mañanas de retozar en conjunto, los sueños. La libertad.

Desde la jaula, sin embargo, hay quien aún espera.

sin entender el espanto de la ausencia.

Con ridícula fe de infante, hurgueteando entre la viruta

en busca de los restos del olor.

Afuera mientras tanto el rio probablemente corre hermoso. Los amigos se contemplan - sin saberlo por última vez - mientras deciden alejarse caminando.

- Nos vemos otro día – Murmuran sonrientes.

Entre el moho, solo queda el eco de algo que estuvo, que alguna vez estuvo, no es posible saber.

Finalista

Golpe de Estado en Corral

Laurent Loubiès
31 años, Santiago.

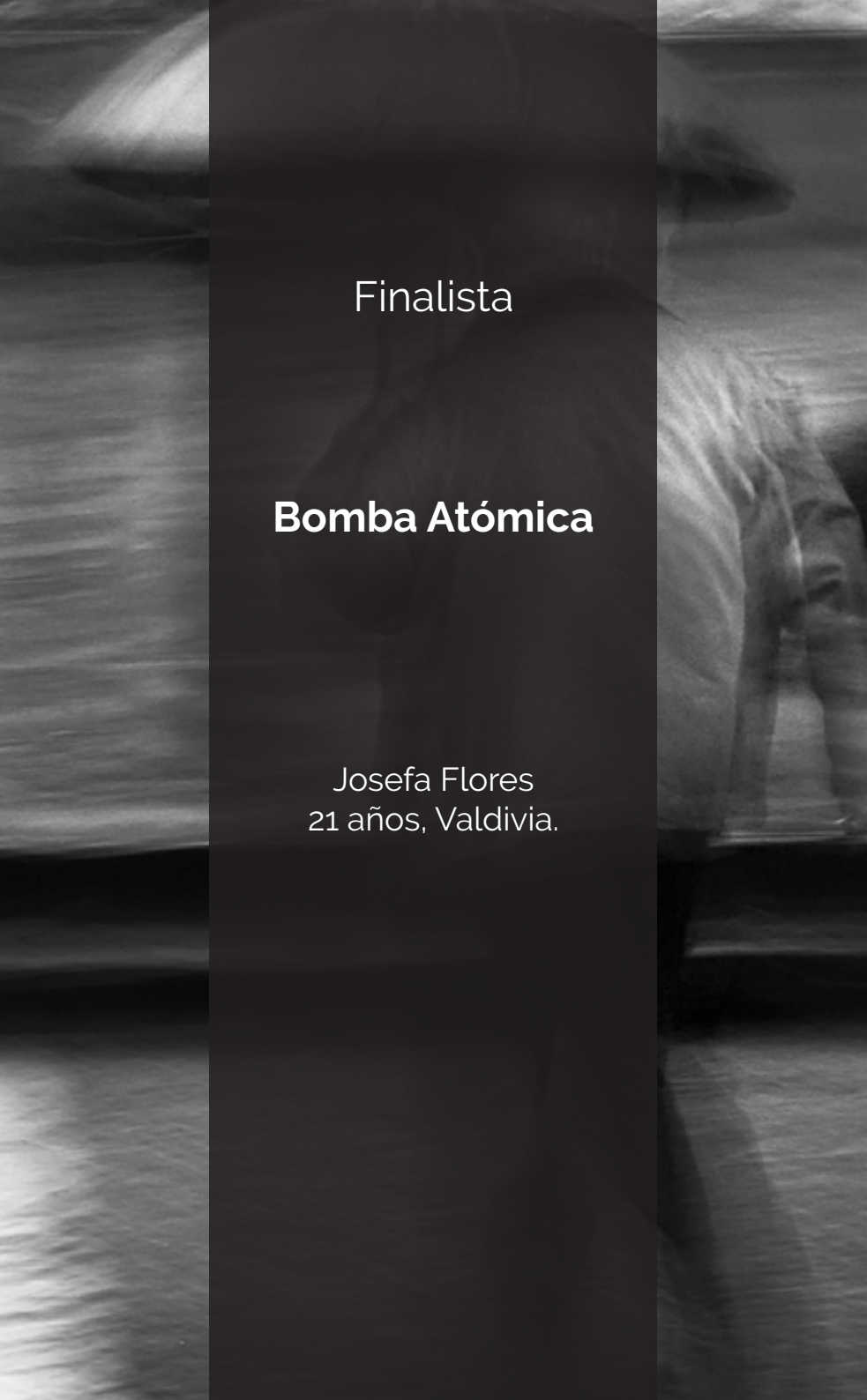
Tocaba celebrar el Día del Profesor y algunos colegas habían partido de madrugada hacia la costa para tenernos todo listo. Nuestro almuerzo tendría lugar en la Escuela Rural de Chaihuín, poblado donde el río del mismo nombre desemboca en mar abierto luego de atravesar la espesa selva valdiviana. Conseguimos que una micro para obreros madereros nos llevara desde el pueblo de Corral hasta allá.

Era un año muy dinámico. La zona parecía haber conjurado para siempre el funesto maremoto. Corral Bajo estaba reconstruido. La pesca artesanal se modernizaba. Las faenas madereras y de cabotaje tenían gran actividad. A nosotros también se nos exigía más: el desafío de nuestro trabajo no estaba sólo en atender más niños que antes, sino también estar a la altura de diatribas cada vez más complejas que se suscitaban entre trabajadores, patrones y autoridades, y en las que tomaban posición nuestros adolescentes. Como profesores, nos sentíamos interpelados por ellos cada tanto, así como por un gobierno que nos convocaba a una refundación institucional. ¡Cuánto movimiento!

En Chaihuín, nuestra jornada transcurría apacible. Una caminata por las dunas, fútbol, cocinar chancharros y róbalos recién pescados para el tentempié, todo entre risas con los colegas. Pasado el mediodía, ingresamos al comedor de la escuela para compartir un pulmay bien regado de vinos blancos, con la promesa de cerrar la tarde entre guitarreo y licores de murta que nos esperaban desde el otoño. Eran nuestras fiestas patrias.

Repentinamente, sentimos un galope enérgico y por la ventana diviso a Manuel que detiene su caballo en seco y se baja de él entre una gran polvareda. Manuel era un joven profesor comunista a quien ciertos compromisos con su partido le habían impedido acompañarnos en primera instancia. Lo vi cruzar el patio atolondradamente. Venía en mangas de camisa, transpirando, con el polvo del camino en la piel y en la ropa. Abre con fuerza la puerta del comedor y vemos su cara roja de esfuerzo y de haber llorado durante la frenética cabalgata desde Corral.

-¡Compañeros! –grita- ¡En Santiago mataron al Presidente!



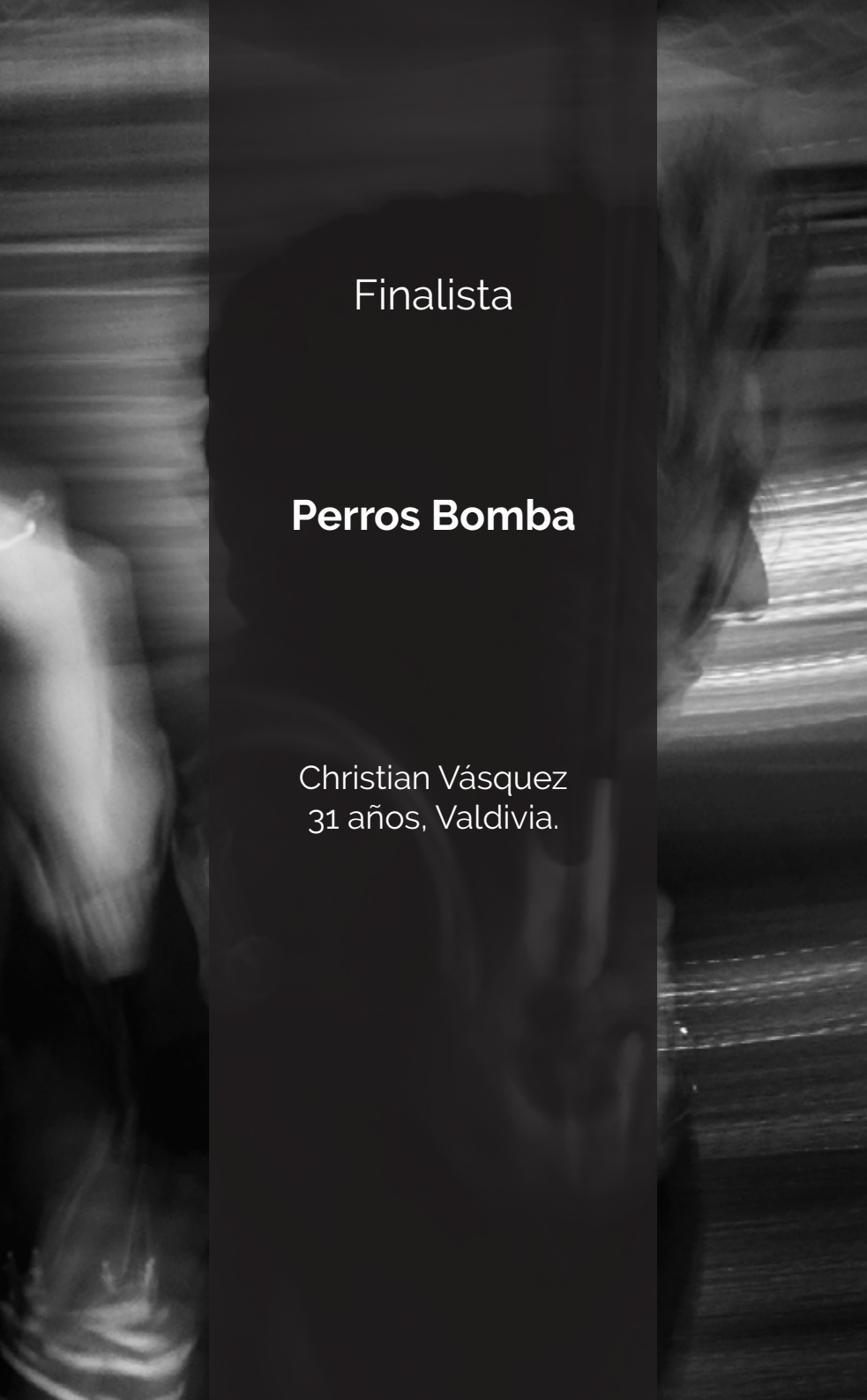
Finalista

Bomba Atómica

Josefa Flores
21 años, Valdivia.

Apenas las seis cámaras de vigilancia del puente fueron las únicas testigos de aquella sensación horrorosa, cuando estábamos apoyadas en una de las barandas oxidadas en las que se desprenden arsenales de candados como símbolo del amor romántico y parisense, pero que, en este caso, tienen el más puro y singular estilo sureño. Justo allí, cuando caminaba la noche encima de nosotras, y la bruma de la neblina se agitaba sobre nuestros cabellos con pequeños cristales, hacíamos comentarios acerca de los lobos marinos que estaban allí abajo durmiendo y quizás, siendo felices. Ahí aproveché de mirarte con rudeza a los ojos y a tu rostro en general, pero por dentro me derretía de miedo por lo que tenía pensado en decirte. –Oye, ¿te puedo dar un abrazo? –pregunté, con las manos preparadas para envolverte y de paso, quitarnos un poco el frío.

Pero uno de esos cristales que se posaba en una hebra de tu chasquilla celeste, se transformó en el poder de tu voz que luego produciría la inesperada bomba atómica, y después procedería a reventar una arteria, todo esto bajo los ojos de las cámaras que tampoco sé qué cara pusieron, al asomarse el terror en compañía de una sílaba simple: «no». No quiero.



Finalista

Perros Bomba

Christian Vásquez
31 años, Valdivia.

En esta ciudad sobreviven
Humanos, aves, perros
Criaturas del rio, criaturas del pasto, criaturas del aire, fuerzas del viento.
Acá en Valdivia
Existen esos perros, que tienen una idea, que tienen esa rabia
Que actúan.
A ese puente un día se subieron
A ese famoso
A ese de las fotos
A la columna de la ciudad.
Se subieron con esa idea
Con esa rabia
Hace largo tiempo
Y decidieron actuar
Decidieron gritar
Aquellos perros ladran
Siguen a esos autos
Animales invencibles
Animales sin rostro
Los perros tuvieron una idea
Hace largo tiempo
No se sabe porqué
Lo sintieron
Decidieron acabar con los autos
Sacarlos para siempre
Rescatarnos.
Actuar con ladridos reclamando, protestando
La lucha no acaba de esos perros valientes
En ese puente, solo en ese.
Nos gritan que paremos, que escuchemos
Nos gritan que apaguemos, nos ladran que nos vayamos.

austral
austral

El único requisito para participar de este concurso de relatos referidos a Valdivia fue NO mencionar la palabra "lluvia" ni ninguno de sus sinónimos ¿Por qué? Solamente como juego, como pie forzado, pues en la ciudad de Chile donde más llueve es casi imposible no encontrar, en cualquiera de sus manifestaciones artísticas, el uso -o abuso- de dicha palabra.

Selección de relatos. Convocatoria 2018